



HEITOR VILLALOBOS (1887-1959)

En sus propias palabras: “Brasil tiene la forma de un corazón. Si pudiera la humanidad vivir acompañada con ese metrónomo de la vida, estaríamos todos más cerca de la paz. Para transmitir un sentido profundo y eterno al ritmo de ese corazón, yo me hice músico. Quise llevar esa locura de amor desde mi corazón a otros corazones y desde mi alma para otras almas, porque la música es la mejor terapia del alma adolorida y es aliento para los desventurados”.

Estudio chelo y tocó el instrumento bajo la dirección de Stravinski y Richard Strauss, de quienes recibió influencia. Se interesó además por la música nacionalista de los compositores rusos. Mientras acompañaba películas mudas en Rio de Janeiro, fue descubierto por el gran pianista Artur Schnabel, quien tomó algunas de sus piezas y las difundió internacionalmente.

Con la ayuda de Schnabel y el gobierno brasileño viajó a París en donde permaneció siete años durante la década del veinte, se hizo amigo de Darius Milhaud y trabajó como secretario de Paul Claudel. Allí fue influido también por el primero de los franceses nombrados, así como por Erik Satie y el neoclasicismo de moda.

De esa presencia en París está el origen de sus conocidas “Bachianas brasileiras”, un homenaje al gran compositor y en las cuales recrea formas barrocas junto con el color local de Brasil. Se trata de una sucesión de nueve composiciones escritas a lo largo de 15 años para diferentes combinaciones de instrumentos. La primera de ellas es para al menos ocho chelos, la quinta también para chelos pero en ella aparecen sonidos sin palabras de una soprano (una revisión posterior incluye palabras), la cuarta es para piano solo, la sexta para flauta y fagot, y las demás son para orquesta. En cada movimiento se presenta un título bachiano y otro brasileño, pero las dos últimas tienen un carácter impresionista abstracto (*The Companion to 20th Century Music*, de Norman Lebrecht).

Se cree que su obra consta de más de 2.000 piezas. Entre ellas se cuentan 12 sinfonías, cinco conciertos para piano, un concierto para guitarra (1951) y un concierto para arpa (1955), además de abundante música para piano. También vale la pena señalar las composiciones denominadas “Choros”, una palabra que proviene del vocablo portugués

chorar, llorar o lamentarse, y que se refiere a música popular que apareció en Río hacia fines del siglo XIX y que se empleaba para serenatas interpretadas por conjuntos instrumentales que siempre incluían guitarras. Villalobos compuso 14 choros para variados instrumentos.

A propósito de lo anterior, el compositor mexicano Manuel M. Ponce se encontró con Villalobos en París y contó lo siguiente: “Villalobos, en su curioso trilingüe dialecto (francés, español y portugués) me cuenta que su música viene directamente de las selvas brasileñas. Evoca su lejano amazonas, la violencia de los ritmos salvajes, las melodías de los negros que se retuercen en sus sincopados cuerpos, en el frenesí de las danzas que el genio del compositor ha logrado reunir en los prodigiosos ‘choros’, uno de los cuales causó un escándalo en los conciertos Padeloup”. Alguien con cierta malevolencia se preguntaba si Villalobos habría estado alguna vez en las selvas del Amazonas.

En el sitio de internet se incluyen las dos siguiente obras:

Preludio de las “Bachianas brasileiras No. 4”, un homenaje a Johann Sebastian Bach y en el cual los bajos evocan los pedales del órgano, un instrumento tan cercano a este compositor.

“Impressoes seresteiras No. 2 del Ciclo brasileiro”, que recoge tonadas de los músicos callejeros y serenateros y está dividida en tres partes.

Alguna información anterior fue tomada del cuadernillo correspondiente al bello álbum “Momentos de inspiración” cuyas piezas interpreta la pianista Hortensia Galvis Ramírez